



LETRAS LIMPIAS
ENTRE SUCIEDAD

Avelino Rica Herrero

LETRAS LIMPIAS
ENTRE SUCIEDAD



Primera edición: marzo de 2023
© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Avelino Rica Herrero

ISBN: 978-84-19748-12-6
ISBN digital: 978-84-19748-13-3
Depósito legal: M-6697-2023

Editorial Adarve
C/ Luis Vives, 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Tal vez son unos cuantos los que escriben limpio.
Tan solo unos pocos los que lo emborronan.
Para ellos y ellas, los limpios.*

Gracias, Hermo, por mejorar el borrador de mi novela.

En memoria de mi querido hermano, Filo.

Bello es el ardor del fuego
si quema malas conciencias.
El que abrasa sin vergüenza
es muy dañino y horrendo.

Bello es escribir, leer,
porque es medicina, unguento
del saltarín pensamiento
de ese novelista fiel.

Lo bello

AVELINO RICA HERRERO

ROQUE Y SUS SESENTA Y SIETE AÑOS

Como todos los días, Roque Peña se levantó de la cama a las cinco de la mañana. Se incorporó durante unos segundos y, a medio abrir los ojos, se dirigió al baño.

Hoy también le dolía la cabeza; el dolor era constante, sin alibajos, pero no era más fuerte que otros días. Las jaquecas diagnosticadas inicialmente por el médico de cabecera se confirmaron cuando le hicieron una radiografía de las cervicales, pero el doctor del hospital no logró precisar la causa.

Roque se cansó de repetir una y otra vez el posible origen de sus molestias cerebrales: su madre había sido operada de un tumor cerebral con apenas cuarenta y cinco años y, a él siempre le extrañó el silencio de todos los doctores cuando repetía su versión. Por eso se desentendió durante muchos años de consultas médicas y de hospitales hasta que, obligado por las dolencias estomacales, se vio tumbado de lado, en una camilla, con la vista fija en la pequeña pantalla del televisor y con una goma sumergida en su boca, explorando su recóndita cavidad.

Mientras observaba con detenimiento su estómago en la pantalla, el hospitalizado soportaba rutinarias molestias a causa de la goma que le impedía respirar con normalidad. Los resultados, esperados y obligadamente compartidos, mediaron en la reflexión

meditada del paciente, decidiendo con responsabilidad su negativa a una operación simultánea de la hernia de hiato y de reflujo en la faringe.

Esa madrugada, Roque encendió la luz del aseo. A veces, un débil sonambulismo le impedía tocar el interruptor, orinando a oscuras en la taza del inodoro. No intentó retomar el sueño. Avanzaba el mes de octubre de 2016 y no amanecería hasta las ocho. Cogió el libro de la mesilla y, aunque había leído varias veces la sinopsis de la novela, volvió a repasar su contenido.

La novela *Como la sombra que se va* del genial escritor nacido en Úbeda en 1956, Antonio Muñoz Molina, había enganchado al lector. Muñoz Molina narraba en su libro la fuga del asesino de Martin Luther King. La obsesión y fascinación del escritor por el asesino James Earl Ray le llevó a la ciudad de Lisboa, donde James permaneció huido hasta su captura en 1968.

Al abrir el libro por la página 155, capítulo 10 y, ya en la primera línea, el narrador daba luz verde a la vida del protagonista desde su infancia.

Roque sintió de repente una nube en su ojo derecho, convertida al instante en un ajetreo visible y movido, oscuro, casi negro, como una mosca pegajosa, molesta y sin intención de apartarse a más de un centímetro del párpado. El lector cerró el libro; se quitó las gafas y, moviendo ininterrumpidamente la vista de un lado para otro, percibió que, nunca mejor dicho, la mancha negra era clavada a una mosca. Más tarde se enteró de que, popularmente, así mencionaban al turbio espejismo, incómodo visual.

Ante la imposibilidad de conciliar el sueño, de pronto, Roque se vio abocado a bailar con sus fantasías. A veces, los recuerdos, ficticios o reales, ponían en duda su consciente. Él los denominaba pesadillas, provocadoras de nuevas ideas para sus escritos. En esta ocasión, el pensador hacía un balance de los nueve meses transcurridos en ese año de 2016, durante el cual había dedicado parte del tiempo a terminar su novela, sin olvidar su conexión con la cocina, una de sus principales estimaciones, iniciada y aprendida

en vida de su madre, así como las caminatas —ahora más cortas— por los pinares de su pueblo, un ejercicio diario por los parajes naturales donde se respiraba salud, ayudaban, alegraban y le daban vida. También esos paseos se habían convertido en la musa del escritor, que guardaba en el bolsillo de su camisa la libreta y el bolígrafo para imprimir detalles e ideas, soluciones provisionales a la redacción de sus manuscritos. Pero, sobre todo, aún recordaba, cabreado, la ilusión y el esmero puestos en el acondicionamiento de su novela, adaptándose a todos los requisitos exigidos por esa editorial de reconocido prestigio.

El escritor no dudó en encuadernar más de trescientas páginas y enviarlas a la sede literaria, cumpliendo estrictamente las normas de la editorial. Tras una larga espera de varios meses, confiado en una contestación, Roque contactó con la editorial mediante correo electrónico, pidiendo alguna explicación. Recibió con sorpresa un comunicado rápido en el que desconocían el envío a dicha sede del paquete certificado y sellado por el servicio público de correos, como determinaban las normas de la casa editora.

Una nueva oferta de su círculo amistoso le indujo al escritor a poner su novela en manos de un personaje ignorado.

—Yo conozco a un compañero metido en estos asuntos que te puede echar una mano —manifestó el camarada de Roque y profesor de Historia, Andrés, en un tono asequible.

—¡De puta madre! Todo lo que sea promocionar el libro me viene que ni pintado —replicó Roque, contento con el compromiso inesperado.

Por la información del profesor, Óscar Oliveira ostentaba el cargo de concejal en el Ayuntamiento de Leganés. Ambos eran compañeros en las funciones públicas, pero de distintas ideologías políticas. Óscar, edil del Partido Socialista, y Andrés, de Izquierda Unida, coincidían de vez en cuando en alguna junta municipal.

A los pocos días, Roque llamó por teléfono a Óscar. El timbre de voz, sereno, optimista y convincente que el escritor escuchó desde Madrid a una distancia de 200 kilómetros le proporcionó

confianza ciega, así como cierto poder mediático cuando, en pocas palabras, se erigió en intermediario y compromisario de la editorial Anaya.

En momentos de ansiedad, Roque llevaba a cabo sus propósitos con una agilidad y prontitud inusuales. La ocasión lo merecía y el novelista envió de inmediato su narrativa a quien pensaba sería su bienhechor.

Con sesenta y siete años vividos intensamente, nadie podía tratar a Roque de ingenuo o pardillo.

Solo él mismo conocía sus imperfecciones. A vista del público aparentaba ser el clásico cascarrabias, enojado con todo el mundo y contrario al sistema en su conjunto, pero su sensibilidad rompía un corazón acelerado en momentos dramáticos y generoso ante debilidades ajenas. La soledad le había fortalecido contra el miedo —si es que alguna vez lo tuvo—, pero flojeaba su ánimo hasta el extremo de exteriorizar esas lágrimas, incapaces de aflorar en un ambiente concurrido y doloroso adaptado a las emociones.

Ni se entristece ni odia cuando retoma los recuerdos de aquel día, pasados seis meses desde el primer contacto telefónico con Óscar.

Andrés ignoraba a su compañero. Despreciaba el comportamiento de quien hasta hace poco fue su confidente, mientras Roque Peña trataba de obtener una respuesta sincera de ambos.

Últimamente, el escritor no lograba localizar al compromisario de la editorial Anaya. El teléfono activado, pero no escuchado por Óscar, tenía irritado a Roque, que, haciendo uso de su imaginación, marcó el mismo número desde distinto teléfono, siendo atendida la llamada de inmediato.

—Buenos días. Soy Roque Peña y quiero hablar con Óscar —procuró mantenerse cortés, pese al enojo suscitado en esos instantes.

—Hola, Roque. ¿Cómo estás? —respondió en un tono nervioso, nada parecido al de hace unos meses.

—¿Por qué no me coges el teléfono? Yo solo quiero sinceridad. En el momento que me digas algo sobre mi novela, decidiré sobre

su futuro. Dame un número de teléfono donde poder contactar yo, directamente, con la editorial —añadió Roque, consciente del despropósito de su petición.

—De ninguna manera te voy a facilitar el número de la editorial. Es un asunto confidencial. —Óscar se expresó en términos prioritarios, con cierta autoridad—. Esta editorial a veces tarda un año en leer y revisar las obras. Después contestan si son o no aptas para su publicación. Pero una medida de presión solo haría empeorar las cosas.

—¿A qué te refieres? A mí lo que no me cuadra es tu implicación y gestión con la editorial —avanzó el escritor en sus sospechas—. Evitas a Andrés y a mí no me coges el teléfono.

—Yo tengo un trabajo muy movido y no siempre puedo atender a todas las llamadas —añadió sin tener en cuenta la llamada anterior y todas las demás no contestadas.

—¿Sabes lo que pienso? Que ni siquiera has enviado mi novela a la editorial —estalló Roque en un tono fuerte.

—Bueno, no voy a perder más tiempo. El día que te contesten tú sabrás lo que tienes que hacer. —Se cortó la llamada, desconcertando al novelista, retraído y pensativo, aunque susurrando un taco seco, apenas perceptible.

Roque se tiró de la cama cuando el reloj del teléfono móvil marcaba las ocho. La distancia desde la habitación al aseo le permitía acceder a él en cuatro zancadas. Esa mañana prolongó un poco más un vis a vis con el espejo, por ver si descubriría alguna imperfección en su ojo derecho. La alborotada «mosca» se había hecho invisible delante del cristal. A punto de sacar los enseres del afeitado, entornó de nuevo la pequeña puerta del armario. Odiaba afeitarse y odiaba la barba. Un par de veces aguantó la barba durante una semana, sintiéndose relajado después, cuando de nuevo concluyó el afeitado. El cabello de su cabeza, ralo, casi calvo, estaba recién cortado. Solo una franja circular de pelo rodeaba su cabeza. Una gran coronilla blanca lucía la parte superior desde donde decía

con humor que por ahí le resbalaban las ideas. Conformaban su flácida mata de pelo las patillas —mitad plateadas— caídas hasta el lóbulo de las orejas. Hacía unos años que Roque no pagaba a los peluqueros. Tenía una maquinilla eléctrica, ideal para rasurar sus cuatro pelos. No precisaba de titulación ni siquiera de experiencia en peluquería. El peine, colocado en la numeración del uno o del dos, realizaba la labor sin riesgos a sufrir desigualdades en el círculo de su cabeza.

Cuando terminaba de secarse la cara con la toalla, escuchó el sonido del teléfono móvil, perenne aún, encima de la mesilla.

«A estas horas, solo una persona puede llamarme», pensó Roque mientras se dirigía a la habitación.

JULIA EN ARANDA DE DUERO

La primera niebla del otoño hacía su aparición sin previo aviso.

Aranda de Duero se caracterizaba por ser el pueblo de la comarca ribereña donde campaban a sus anchas estos fenómenos atmosféricos en otoño, invierno y algunos días de primavera. Algo tenía que ver en ello el río Duero y el enclave geográfico de la localidad.

Aranda no era un pueblo cualquiera. A finales de los años 60 había sufrido una transformación ambiental, social y económica. La importante firma de Michelin adquirió los terrenos rústicos y necesarios a las afueras de Aranda, carretera de Valladolid y término del Montecillo, e instaló una de sus factorías para fabricar neumáticos, al alimón con la mano de obra de tres mil empleados. Pronto la población duplicó sus habitantes, convirtiéndose en el territorio ribereño por excelencia y centro comarcal de la ribera del Duero.

José Carazo distribuía su tiempo entre las faenas agrícolas en su pueblo de Arandilla y el turno oportuno, de mañana, tarde o noche, en la empresa de Michelin de Aranda de Duero. Pepe había echado la instancia de ingreso en la fábrica en verano de 1973 y en enero de 1974 comenzó a fabricar discos para ruedas de coches en el taller correspondiente. Los cambios de turno suponían para Pepe un esfuerzo y un control meditado de sus dos actividades. Si

trabajaba de mañana en Michelin, a veces, dependiendo de las condiciones climatológicas, acudía con su tractor al campo a realizar la labor. Comía deprisa, trabajaba y se acostaba temprano, para levantarse de nuevo a las cinco de la madrugada. Cuando el empleado de Michelin entraba a las dos de la tarde y llegaba a Arandilla a las once de la noche, cenaba y dormía a pierna suelta, despreocupado y relajado. El turno de noche provocaba inestabilidad en la salud de Pepe. Su estómago apenas le admitía ingerir ese bocadillo de madrugada que en los turnos de mañana o tarde saboreaba y le sentaba de maravilla.

Pepe no quería oír mencionar la palabra huelga. En 1976, los obreros de Michelin de Lasarte y Valladolid iniciaron una huelga, seguida de inmediato por la empresa hermana de Aranda de Duero, pese a la oposición de una parte importante de pluriempleados como Pepe Carazo.

La perfecta organización de los trabajadores y, finalmente, el seguimiento de la huelga al completo junto con la caja de resistencia como ayuda a los más necesitados pudo abordarse durante noventa días, donde por primera vez desde comienzos de la democracia, los obreros reclamaban derechos, negados durante la Dictadura.

Los novios observaban con todo detalle los interiores del piso primero de la calle Pizarro. Una vivienda de ochenta metros cuadrados, ubicada en el barrio de Santa Catalina.

En los años 50, la demanda de viviendas en Aranda de Duero llevó a su ayuntamiento a promocionar e incentivar la construcción de casas debido al incremento de tres mil habitantes en la localidad ribereña.

Pepe y Julia esperaron a la entrega de las llaves del piso para celebrar la boda religiosa. Un matrimonio tras nueve años de noviazgo, dichoso y con discusiones, aparentemente superfluas.

Se vieron por primera vez en la bolera de Aranda. Ella acompañada por un varón, muy mayor para ser su hijo y demasiado joven para novio o marido. La mujer, por sus gestos y la sonrisa

profunda, parecía encontrarse muy a gusto en aquel lugar, casi al completo de hombres.

Él había dejado a sus amigotes en el bar del pueblo jugando a las cartas; al contrario de otras tardes domingueras, dedicadas a rotar por el pueblo de Aranda en busca de diversiones. Solo pero seguro, Pepe arrojaba las bolas con poco acierto. Cuando terminó el juego, desvió la mirada hacia la chica que también miraba con el rabillo del ojo la actuación del lanzador de las bolas.

—Es la primera vez que cojo estos trastos —se centró Pepe en el rostro tímido de la muchacha.

—Para ser la primera vez no lo has hecho tan mal —replicó la joven.

—¿Te apetece jugar conmigo y, a la vez, me enseñas a lanzar las bolas? —se envalentonó el joven, confiado en mantener una amena conversación.

Ella sonrió abiertamente, enseñando la perfección de sus dientes, mientras su acompañante adolescente intervenía en la charla.

—Cuando quieras nos vamos, tía. Yo ya me he desahogado.

La escueta frase del muchacho le sirvió a Pepe para presentarse y conocer el nombre de Julia por el momento.

Los próximos encuentro de la pareja se produjeron en el cine, baile o en la calle. Pepe y Julia formalizaron su noviazgo para prolongarlo nueve años hasta la fecha de la boda en el año 1981.

Pepe se desplomó y falleció una madrugada del mes de febrero de 1986; una semana después de recibir la noticia del nuevo embarazo de su mujer; cinco minutos después de anunciar la sirena de la fábrica el cambio de turno e inmediatamente después de cruzar el último acceso de salida a la calle. Su compañero y vecino, Ismael, testigo más cercano, declaró que Pepe no terminó de contarle la sorpresa que daría a Julia. Al parecer, aprovechando los cuatro días de descanso, había decidido salir de la monotonía del pueblo y viajar a un lugar que solo él sabía.

Durante las horas, los días y los tres meses siguientes a la muerte de Pepe, Julia apenas dormía, casi no comía y lo más grave:

desobedecía. Su única hermana, Santas, a lo largo de quince días escuchó y suavizó sus lamentos. Comprendió su desgana y su insomnio, y explicó como mejor sabía hacerlo las injusticias de la vida, hasta que convenció a su afectada hermana de la necesidad apremiante de un profesional para el tratamiento mental de una enfermedad con rasgos psicológicos.

Santas regresó a Cataluña y Julia se hundió. La llamada urgente de una vecina a la hermana catalana evitó daños mayores. Más que un ruego, fue una orden lo que indujo a Julia a determinar y elegir entre un centro de discapacitados mentales o la ciudad de Barcelona y la convivencia de las dos hermanas.

Julia, su hijo José de tres años y Santas tomaron el autobús desde Aranda de Duero dirección a Barcelona. La inconsolable viuda se despedía de España como si el destino la situase en un destierro perpetuo, en otra nación donde la vida castigaría más aún su maltrecha salud. Llevaba en su mano una rosa, rescatada del ramo de flores frescas y mixtas depositadas en la tumba de su marido. De vez en cuando restregaba la rosa contra su regazo, apretaba los ojos y articulaba un suspiro leve pero significativo. Santas cogía y estrechaba la mano de su hermana. Sobraban las palabras.

El embarazo de Julia, normal y mimado por el círculo familiar, fue el atenuante para el ánimo de la mamá, ilusionada con el nacimiento de su segundo hijo. La embarazada ayudó en las tareas domésticas hasta el momento crítico del parto. Barcelona ya era para ella España y evidenciaba un futuro halagüeño, con perspectivas de un trabajo estable tras el nacimiento del bebé.

La madre descartó el nombre acordado en un principio para su niña, nacida el 20 de octubre. La mera propuesta de Santas al pronunciar la palabra Montserrat le bastó a Julia para bautizar a su bebé con dicho nombre. Más que un gesto apetente de la madre de la criatura, suponía un agradecimiento hacia su hermana y la reconciliación con el pueblo catalán, cuestionado no hace tanto por Julia.

JULIA Y MONTSERRAT

Octubre de 2016

—Hola, Roque. ¿Cómo estás? —le saludó Julia—. Perdona que te llame a estas horas, aunque seguro que ya estás levantado. Hace tiempo que no me llamas y siglos que no nos vemos.

—Julia, no ha pasado suficiente tiempo para tomar una determinación. En estas circunstancias, es preferible no vernos —contestó Roque—. La experiencia nos ha enseñado que las prisas no son buenas.

—Ya. Yo solo quería saber cómo estabas. También te echo de menos —evocó con voz apagada—. Si te molesto te dejo.

—No, no es eso. Me gusta hablar contigo y te tengo en mucha estima, pero nuestro último encuentro no fue el más ejemplar; tienes que entenderlo —subrayó él, viéndose una vez más como el socorrista de ella.

—Ahora estoy leyendo un libro que te puede encantar —cambió Julia de conversación en un tono animado—. Es una novela histórica. ¿Te suena la escritora Toti Martínez de Lezea? Es una escritora de nuestra época, nacida en Vitoria-Gasteiz y la novela se titula *La Comunera*, basada en la vida de María Pacheco, una mujer rebelde, esposa del comunero Juan de Padilla.

—Está bien. Ya me lo dejarás, aunque tengo pendientes de leer unos cuantos. Oye, ¿desde dónde me llamas? —Se acordó de re-

pente de los cambios constantes de la mujer entre Barcelona y Aranda.

—Estoy en Aranda —aseveró ella—. Por eso te decía que podíamos vernos. No te lo habría insinuado caso de encontrarme en Barcelona.

—Te prometo que te llamaré. Ahora tengo que dejarte. Es la hora de mi desayuno para coger fuerzas y darme la caminata por el pinar.

—¿No me preguntas por mis hijos? Siempre lo haces —afirmó Julia con contundencia—. Montse está conmigo en Aranda. Terminó su contrato de trabajo y ahora, al paro.

—¿Y José? —La pregunta era obligada.

—Supongo que bien. Se parece mucho a ti al afirmar que cuando no se llama por teléfono, señal de que uno está bien —consideró suficiente la explicación, confluyendo en una tibia sonrisa de ella y un jadeo percibido por él—. Adiós, Roque, suerte.

—Salud —respondió Roque, al tiempo que borraba la llamada.

Una vez más, él analizaba la conversación mantenida con ella. Una doble visión de la vida que, probablemente, Roque no entendía. Una manía persecutoria que, seguramente, Roque imaginaba y esa reiterada despedida deseando suerte, algo que a él le parecía egoísta.

No se pusieron de acuerdo cuando discrepaban entre la suerte de ella y la salud de él. Una de las últimas discusiones se originó precisamente en esos términos.

Habían comido en el restaurante asador El Pastor. Julia celebraba su sesenta y tres cumpleaños. Hacía una tarde espléndida del mes de mayo y ambos paseaban por las inmediaciones de la Virgen de las Viñas.

—En la suerte va implícita la salud. No antepongo la suerte a la salud, como tú tratas de inculparme —trataba de explicar ella, molesta con la interpretación de él.

—Cada cual puede tener preferencias por lo que quiera, pero insisto en que para mí la salud es lo más importante. La suerte es

algo genérico, incontrolable y hasta injusto —remarcó Roque con una clara intención de desafío.

—¡Vaya!, pues como todo: suerte que hay que tener en la vida —volvía a enfatizar con la palabrita, para desesperación de su pareja.

Roque sujetó por un momento el tono altivo al que acostumbraba cada vez que las razones de su interlocutor no le agradaban. La afluencia de gentes podía despertar curiosidad o rechazo al hombre que gritaba a la mujer. Con un susurro y un leve empujón manual, advirtió a Julia de la inoportuna discusión allí.

En esas y parecidas circunstancias, Roque amaba la suerte, ya que Julia, responsable y concienzuda, cumplía con todos los requisitos de persona culta y educada.

Indecisa y paralizada, con el teléfono móvil en la mano aún, Julia, de pronto, se dirigió a la cocina, vertió la leche de la jarra en el vaso y lo metió en el microondas, volvió al salón y descorrió el pestillo de una pequeña maleta depositada encima del sofá. El utensilio pertenecía a su hija Montserrat. Las prisas de ayer por regresar a Barcelona incitaron a la joven a presentar la prueba con su maleta, presente y dispuesta para viajar pronto. En el interior de la maleta, Julia encontró un periódico nuevo de año, pero anticuado de mes y de día. La edición, en idioma catalán, dedicaba la portada al *procès* soberanista de Cataluña, con un titulado principal del *president Puigdemont* al lado del nombre del periódico *El Punt*.

—¿Qué lees, mamá? Tú no entiendes el catalán —corroboró Montserrat aquello que tantas veces había imputado a su madre.

—Buenos días, hija —respondió Julia, deshaciéndose del ejemplar para colocarlo encima de la mesita—. ¿Qué vas a hacer? ¿Te irás hoy a Barcelona?

—No lo sé. ¿Estarás bien sola? —miró con ternura a su madre.

—Claro que sí, cariño. Lo que no sé es si tú estarás bien allí. ¿Volverás a verlos? —apremió Julia una respuesta, clavando su mirada en el rostro aturdido de su hija.

—No tengo ganas de hablar de ello. Discúlpame —giró sobre sus talones—. Voy a vestirme, mamá.

—He hablado con Roque y le he mentado sobre ti. Le he dicho que estabas en el paro —recalcó Julia, muy atenta a la reacción de Montserrat.

La muchacha se volvió. Cubría su cuerpo con un pijama de chaquetilla y pantalón corto. Ni siquiera se había puesto las zapatillas. Desde los pies hasta la juntura de las caderas, lucía sus perfectos desnudos. Montserrat poseía todos los atributos de gran belleza.

—Es una mentira piadosa, mamá —respondió—. Aunque solo lo vi una vez, creo que me cae bien. Siempre me tendrás de tu parte. No voy a interferir en tus decisiones.

—Mantenemos una relación extraña y sospecho que nunca llegará más lejos de la amistad. Aun así, me conformo —atestiguó Julia.

Madre e hija en raras ocasiones se habían enfadado. Desde su niñez, Montserrat demostró un cariño especial hacia su madre. Hasta pasada la adolescencia, la chiquilla mantenía la mirada firme cuando mamá le reñía, luego, concebía un puchero breve, para refugiarse por último en los brazos de su ofensora y cambiar riñas por mimos.

La exquisita educación de Julia con sus dos hijos no fraguó de la misma manera. José, dominante y tozudo, escapaba de los consejos familiares. Equivocaba su prematuro desarrollo físico con la responsabilidad moral. Soñaba con formar su propia familia antes de conseguir un trabajo que le permitiera vivir independiente. Con dieciséis años, José protagonizó una fuga con su compañera de clase; una aventura de cuarenta y ocho horas que Julia calificó de capricho juvenil y que el huido insistió en el objetivo a alcanzar no tardando mucho. Fracasaban las promesas de un buen comportamiento y los deseos de Julia avanzaron por primera vez, en la exclusión familiar de su hijo, implícita en una mayoría de edad.

Julia había afrontado con entereza la muerte de su marido: alguna que otra depresión y las adversidades laborales durante sus

primeros años vividos en Cataluña. Pero no disponía de la varita mágica para conducir a su hijo por la senda de la corrección. Ella había desistido de encomendar a su hijo varón la misión de hacer de hermano mayor de Montserrat.

Tres años de diferencia de edad, vistas desde la responsabilidad, podían ser suficientes para asumir el cuidado de la persona menor, y José vulneró el compromiso de prestar atención a la hermana pequeña cuando mamá, por circunstancias excepcionales, se lo pedía.

—¿Quieres que me quede? —prosiguió Montserrat—. Solo tengo que llamar por teléfono y me concederán cuatro o cinco días más. Aún no estoy recuperada del todo.

—No, hija. Tú siempre has sido una buena cumplidora en tu vida profesional y... ¡qué voy a decir de la familiar! —Apareció un gesto emotivo en el rostro de Julia.

Como tantas veces, la joven, espontánea, abrazó a su madre. Los pucheros de niñez, lúcidos hasta hace muy poco tiempo, equivalentes ahora a una fuerza mutua entre las dos mujeres, a ratos, identificadas con el amor de madre e hija, y otras, de amigas y confidentes.

Apenas separaron sus cuerpos, sonó el telefonillo de la puerta principal.

—¿Esperas a alguien, mamá?

—Que yo sepa, no —recalcó Julia, mientras ojeaba el reloj de pared.

Montserrat se dirigió a su habitación y Julia descolgó el telefonillo.

JULIA, EMPLEADA.

Barcelona. Años 90.

—Te llamaré todos los días hasta que, definitivamente, sepa que estáis bien. —Santas hablaba a su hermana en términos de despedida.

—No tienes que preocuparte. Mira la cara de felicidad de estos dos pequeñines —señalaba Julia a sus dos hijos, José y Montserrat, entretenidos en meter algunos de sus juguetes en la maleta.

Julia se trasladaba a vivir al municipio de Barcelona Sant Boi de Llobregat, a 15 kilómetros de la ciudad.

Julia encontró su primer empleo en una librería del municipio, donde aprendió a valorar la cultura de los libros charlando con los clientes y distinguiendo la variedad de géneros literarios, así como los nombres de sus autores entre los miles de ejemplares expuestos en las estanterías de la librería.

Un buen día, la librera tuvo la feliz idea de echar su currículum en el hospital comarcal de Sant Boi de Llobregat. Ella poseía el título de enfermera y carecía de experiencia. Pero, como siempre, confiaba en la suerte. Cuando recibió la noticia favorable desde el hospital, firmó el contrato con el casero y le alquiló el piso ubicado en el distrito de Marianao, en la parte alta de Sant Boi.

Todo sucedió demasiado aprisa para percibir en Santas cierta preocupación. José tenía siete años y Montserrat aún no había

cumplido los cuatro. Solo un horario flexible en el hospital permitiría a Julia compaginar el trabajo con el cuidado de sus hijos.

La nueva enfermera se puso a las órdenes de su médico sin complejos, con reservas de su inexperiencia, pero afrontando la realidad cuando su superior la ponía en entredicho. Impertérrita en su trabajo, la sanitaria infundía fe a sus pacientes. Se sintió querida dentro del hospital, soñado al finalizar los estudios. La enfermera Mateos —como la llamaban en el trabajo— organizó a la perfección las veinticuatro horas del día. Únicamente necesitó el servicio de una asistente durante los tiempos de entrada y salida de los niños al colegio de Sant Josep. Las polémicas suscitadas con el idioma catalán ella las resolvía mediante la abstención lingüística. No volvió a cometer aquel error, cuando delante de un grupo formado en las bases del nacionalismo catalán, consiguió irritar a uno de los presentes con la simple pronunciación de la palabra *dialecto* refiriéndose al idioma catalán.

El pueblo catalán, educado, con un largo historial republicano y de autodeterminación, comenzaba a ver resucitadas las semillas, matadas con el golpe de estado del general Franco.

Esquerra Republicana de Catalunya había sido fundada en Barcelona en el año 1931. En noviembre de 1932, Lluís Companys fue elegido presidente del Parlamento catalán y, en diciembre de 1933, tras la muerte del presidente de la Generalitat, Francesc Macià, sustituto del fallecido, como presidente de la Generalitat de Catalunya.

Al finalizar la guerra civil española, Lluís Companys se exilió en Francia, capturado poco después por la Gestapo y entregado a España, donde sufrió torturas y fue sometido a un consejo de guerra, juzgado por rebelión y asesinado al alba del día 15 de octubre de 1940 en el castillo de Montjuic.

Lluís Companys, catalanista y republicano, es considerado héroe y mártir por el independentismo catalán.

La dictadura del régimen franquista prohibió el gobierno autónomo catalán, partidos políticos, sindicatos y todo lo que olía a democracia y libertad.

Josep Tarradellas, secretario de Esquerra republicana de Cataluña desde el año 1931 a 1936 y diputado del Parlamento catalán en 1939, llegó a la presidencia de la Generalitat desde el exilio en Francia en 1954. Regresó a España tras la muerte de Franco, y el presidente de Gobierno español Adolfo Suárez le reconoció su derecho legítimo como presidente de la preautonomía catalana. En 1980, Jordi Pujol salió elegido presidente y Josep Tarradellas se retiró de la política.

Julia se empapó de la historia catalana. No ambicionaba ni aficionaba la política, pero la encantaba la historia y, ante todo, le gustaba leer. Un trozo de su vida le pertenecía a Cataluña, a Sant Boi de Llobregat, el pueblo que la acogió con respeto, donde veía crecer a sus hijos y disponía de su carrera profesional y privada con entera libertad, sin ataduras, desenfadada a los chismes de vecindad. De vez en cuando, Julia veía la imagen confusa de su madre, fallecida cuando ella apenas tenía cinco años. Pero también recordaba a Julián, su padre, sus abrazos, sus manos siempre calientes y sus últimos consejos sobre lo mucho que la quería hoy, mañana y siempre hasta que, aquel sábado del mes de enero de 1961, a las nueve de la mañana, Santos entró sin llamar a la habitación de la hermana pequeña y leyó la carta de despedida que su padre les había dejado. Julián constataba su regreso a Alemania con la otra mujer, aquella que durante tanto tiempo intentó mantener en secreto. Julia lloró ese día y muchos más. Santos la consoló y la convenció de que ella ya tenía edad para hacer de madre y de padre. La hermana mayor, con 26 años, casada y con los días contados para ser mamá, mantuvo, al fin, la ilusión de su única hermana. Cuando Santos, su marido y su hijo se trasladaron a Barcelona, Julia y su mayoría de edad atajaron con tesón los chismes, todavía extendidos, del vecindario.

Llovía con intensidad. Ese día la enfermera no disponía de su coche. Lo había llevado al taller para tenerlo a punto en el momento de la inspección técnica.

En la parada del autobús, una mano se posó en el hombro de la mujer mientras una voz pronunciaba su nombre. La pilló desprevenida, se volvió y le pareció ver una cara conocida pero no identificada.

—¿Le conozco? —preguntó Julia.

—Por lo que se ve, no —contestó el caballero de mediana edad y gesto risueño—. Verás cómo enseguida sales de dudas. Soy de Arandilla.

En efecto. Julia retuvo de inmediato la figura de Jacinto, amigo de su difunto esposo. A pesar de haber transcurrido solo ocho años, el hombre estaba cambiado. Aquel rostro curtido, tostado por el sol y el calor del campo, presentaba un aspecto urbano, de traje impecable y corbata; todo el aire de un ejecutivo, a no ser por el peinado ensortijado y juvenil, pasando por un tinte rubio tan distinto al cabello liso y peinado a raya de otros tiempos.

—¡Madre mía!, como para conocerte... —exclamó ella—. ¿Vives en Barcelona?

—Desde hace siete años —contestó Jacinto—. Supongo que llegué aquí al poco tiempo que tú.

—Más o menos —respondió Julia—. Pero tú irás al pueblo de vez en cuando...

—Sí, hace poco que estuve por allí.

—Me resulta algo incómodo preguntarte por mis cuñados. Ya sabes cuál es nuestra relación. —Julia arqueó las cejas, pendiente de la reacción de él.

—Por allí andan. De salud parece que están bien. En cuanto al trabajo, ya sabes, siguen con sus tierras —se expresó en un tono bajo.

—¡Qué pena! —exclamó la mujer—. Tres hermanos como uña y carne. Si Pepe levantara la cabeza...

—Es meterme donde no me llaman, pero está corrido por el pueblo que fuiste tú la que se ofuscó con ellos.

—Tras la muerte de mi marido pasaron de mí y de sus sobrinos. Si no es por mi hermana, no sé qué habría sido de mí —matizó

ella, buscando comprensión en él—. Mis hijos no han percibido nada de la herencia de sus abuelos.

—¿No habéis partido la herencia de tus suegros? —preguntó Jacinto con cierta sorpresa.

La llegada del autobús interrumpió la charla. El corto trayecto que los conocidos hicieron juntos sacó de dudas a Julia al saber que Jacinto asistía a una boda, acicalándose de esa forma para la ocasión. Andando y de camino a casa, Julia, cabizbaja y sumida en sus pensamientos, repasó el trato de aquellos años con sus cuñados Adrián y Juan. ¿Por qué se vio apartada de la familia? Conocía algunas diferencias de Pepe con sus hermanos, pero nada grave para llegar a ese extremo.

Tras el funeral, ella se olvidó de la familia política. No controlaba la situación en aquellos momentos tan duros; únicamente se limitó a sobrevivir con una fuerte depresión.

«Por mis hijos cualquier cosa», se dijo, acelerando el paso, mientras la lluvia caía sin piedad, calando los bajos del pantalón, pese a proteger su cuerpo con el paraguas.

